

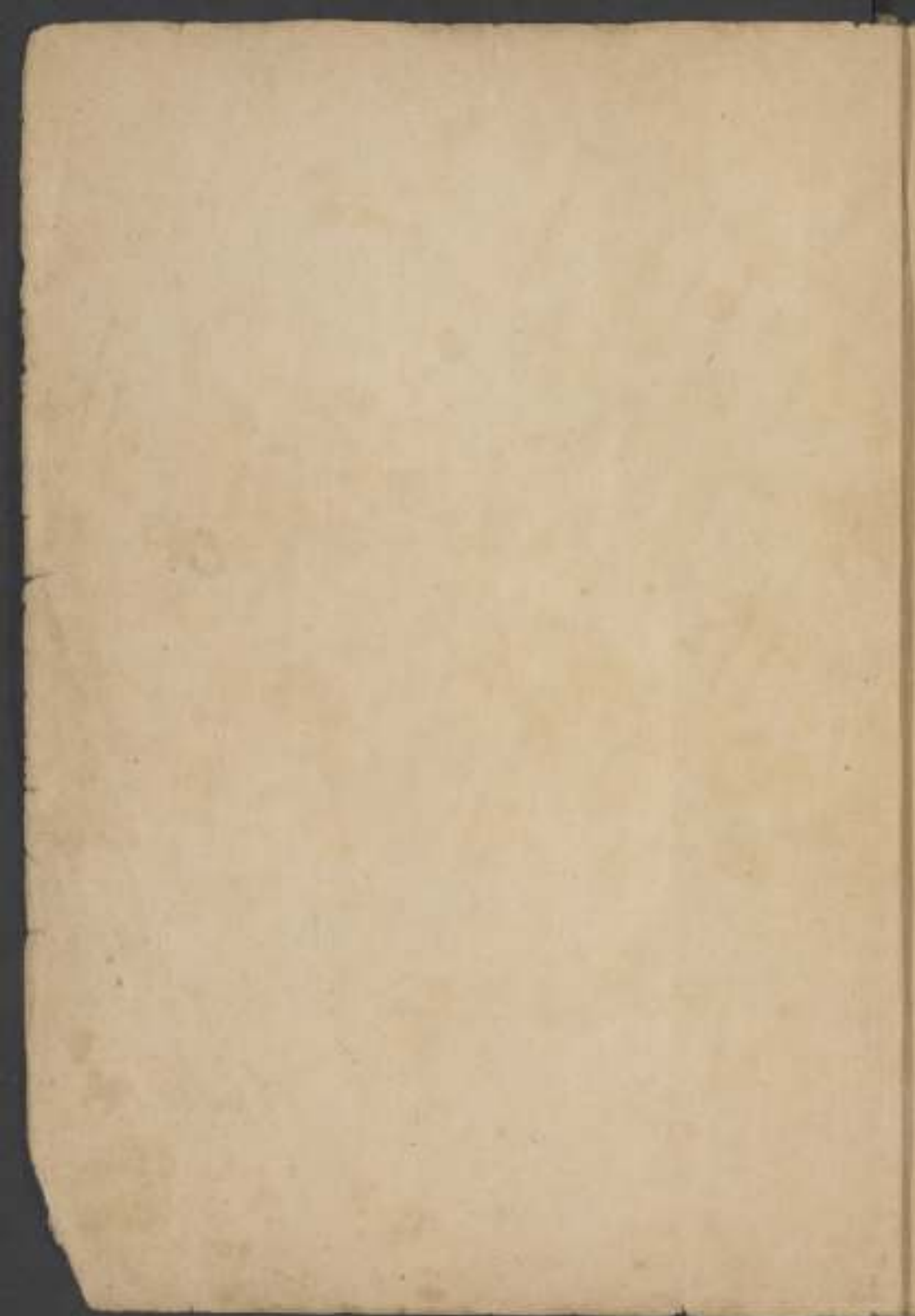
# AL. CAPONE (PANICO EN CHICAGO)

1<sup>pa</sup>

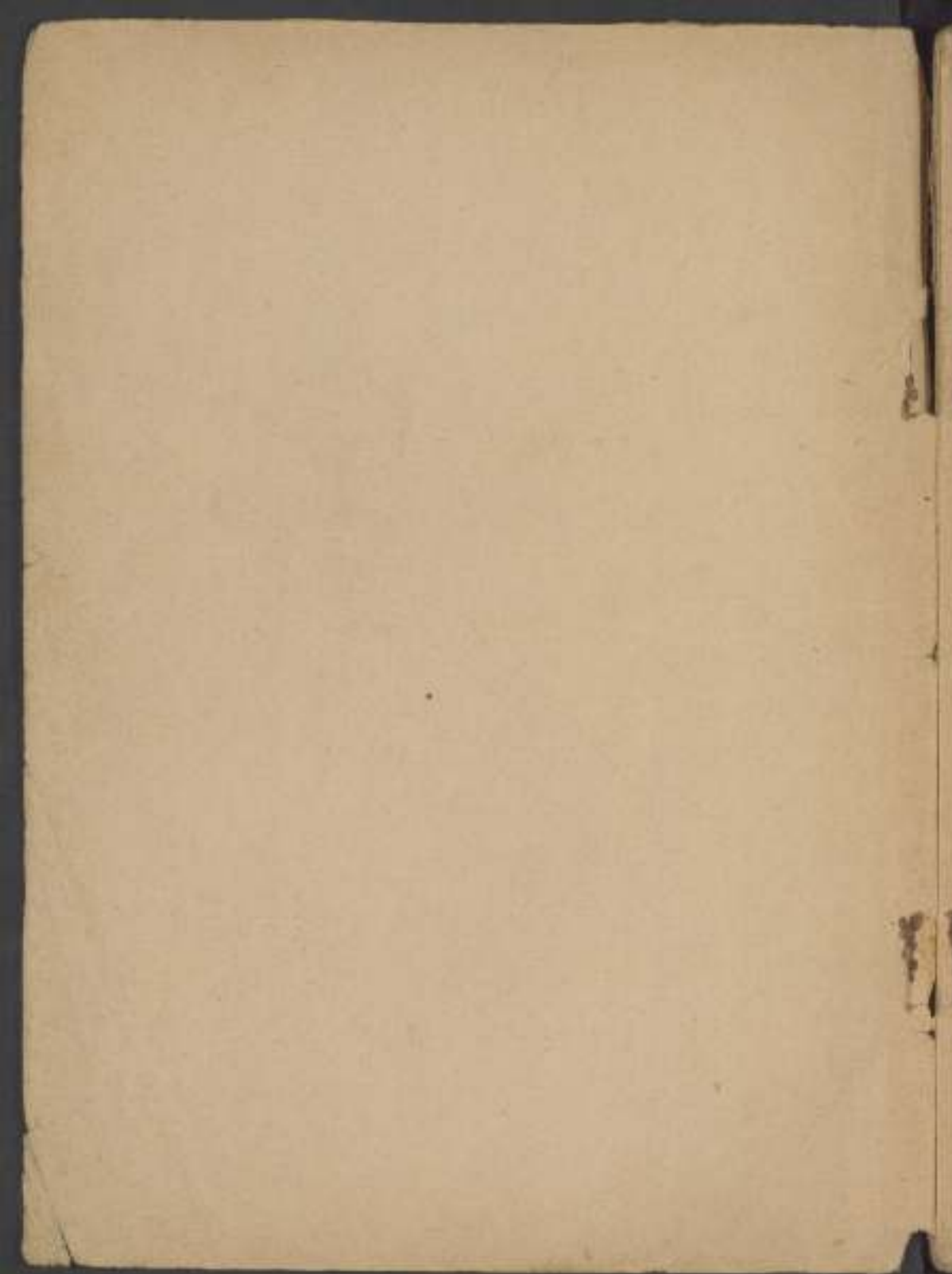
EDICIONES  
BISLAGE



HANS REHMANN  
OLGA TSCHERHOWA







AL. CAPONE  
(Pánico en Chicago)

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18651 - BARCELONA

## AL. CAPONE

(Pánico en Chicago)

Sensacional asunto de aventuras, extraordinariamente apasionantes.

Dirigido por

ROBERT WIENE

Exclusivo

FEBRER Y BLAY

Rambla de Cataluña, 115  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne



INTERPRETES PRINCIPALES:

Al. Capone y Banquero Tagliani  
Florencia  
Suzy Owen  
Morend Billy y Percy But

HANS REIMAN  
OLGA TSCHETCHOWA  
HILDA HILDE BRAND  
P. HART



# Al. Capone

(Pánico en Chicago)

---

## ARGUMENTO DE LA PELICULA

---

### 1

El banco Taglioni, en Chicago.

Un empleado abrió la formidable puerta redonda de la caja, enorme como las más amplias dependencias del banco.

Por el interior de aquella caja podían circular los empleados e incluso perderse en un laberinto de pasillos y encrucijadas. Ni el fuego, ni el soplete, ni los más potentes explosivos podían nada contra aquella caja.

Cuando el empleado de la sección de caja abrió la enorme puer-

ta, un compañero suyo penetró con una bandeja repleta de billetes.

Se percibía el rumor del trabajo en las grandes oficinas. Los empleados que atendían al público, los timbres que llamaban a los ordenanzas, el ruido de las máquinas de escribir, los empleados de caja que cantaban en las ventanillas los números de los que tenían que cobrar.

Y de pronto, sobre todo este murmullo, un grito. Un grito terrible:

—¡Manos arriba!

El empleado se volvió y la bandeja se le cayó de las manos.

El que había dado el grito era uno, pero le acompañaban lo menos veinte. Todos cubrían su rostro con un antifaz y todos tenían en la mano un revólver con el que apuntaban a la dependencia.

Cerca de la puerta se habían situado algunos que iban amenazando a los que entraban y les obligaban a retirarse a un rincón, de cara a la pared y con las manos en alto.

Cuando todos tuvieron las manos levantadas, uno de los asaltantes se fué hacia la caja y comenzó a llenar una cartera de billetes, mientras el cajero y cada uno de los empleados de la sección de caja sentían el frío de un cañón de revólver en la sien.

Taglioni había recibido en la dirección la visita de uno de los pistoleros.

—¡Manos arriba!

Y Taglioni se levantó tranquilamente y alzó los brazos.

Se había dejado el pitillo en el cenicero y lo cogió, dando lugar a un rugido de amenaza del pistolero.

Taglioni no parecía haberse inmutado lo más mínimo.

Era un hombre joven. En su rostro se descubrían las huellas de ese exquisito cansancio que sólo los hombres ricos pueden experimentar.

Entretanto, fuera de la dirección el robo seguía consumándose, sin que nadie se atreviera a dar un grito de alarma.

Por la calle, una de las más céntricas de Chicago, seguían circulando tranquilamente vehículos y transeúntes. Nadie podía imaginar que tras aquellas ventanas se estaba consumando uno de los robos más audaces que ha conocido la urbe de los pistoleros.

Y fué el empleado más joven, un meritorio, el que dió el ejemplo de valentía. Estaba ante su mesa, con los brazos en alto, cuando, aprovechando un descuido del que le apuntaba, se apoderó rápidamente de un pisapapeles y lo arrojó por encima de su propia cabeza contra los cristales de un ventanal que había a sus espaldas.

El pisapapeles rompió los cristales y éstos y aquél cayeron en la acera con gran estrépito. Gritos, carreras. Todo el mundo comprendió que algo anormal ocurría en el in-

terior del banco y un grupo de transeúntes se dirigió rápidamente a la puerta.

Dieron el grito de ¡ladrones! e inmediatamente funcionaron las armas de los pistoleros.

Entonces aumentó el tumulto. La gente corría aterrada en todas direcciones. Acudió la policía. Pero la cuadrilla, perfectamente organizada y muy práctica en aquellas lides, pudo huir sin que ni uno sólo de sus elementos cayera en poder de la policía.

Entonces entró en el despacho un

detective que era amigo de Taglioni.

Le sorprendió verlo tan tranquilo y no pudo menos de comentari:

—No parece usted muy impresionado por lo ocurrido.

—¿Qué me importa si lo tengo todo asegurado?—sonrió Taglioni.

—Enhorabuena.

—Muchas gracias.

Y mientras el detective se despedía del banquero y salía del despacho, en los labios de éste había una sonrisa de indiferencia.



II

Florencia Dingley estaba impaciente.

Era una bellísima dama rubia de figura majestuosa. Nerviosamente, iba de un lado a otro del magnífico salón donde acababa de recibir a una íntima amiga.

—Pero ¿qué te pasa, mujer?— inquirió ésta.

—Que Percy me ha prometido llevarme a la Opera y no llega. Vamos a entrar en el teatro cuando sea la hora de salir.

—No exageres. Todavía no ha empezado. Fíjate que yo trabajo a las once y pienso ir al cine antes de salir a escena. Esto te demostrará que aun es muy pronto.

—Te envidio, Suzy. Tu amante es un hombre serio y te adora. En cambio, Percy...

—Permíteme que discrepe, que-

rida. Percy te ama como Taglioni a mí. No te niega ningún capricho. Todo le parece poco para complacerte. Lo que sucede es que estás en este momento demasiado nerviosa para juzgar las cualidades de las personas. Tú misma adoras a Percy y sabes que él te adora a ti.

—Si me adorara no permitiría que me consumiera esperándole.

—Es que es muy pronto todavía, mujer. No seas exigente.

Sin embargo, Florencia continuó sus nerviosas pasenas.

También su amiga y visitante Suzy Oven era una verdadera belleza.

No en balde era una de las bailarinas más famosas de su país y por algo actuaba como estrella en el "Folies".

Se comprendía que Taglioni se

hubiera enamorado de aquel cuerpo escultural y flexible, de aquellos hermosos ojos, de aquella boca fascinante, del mismo modo que se explicaba que Percy But estuviera prendado de Florencia, que competía con su amiga en belleza e incluso la superaba.

De pronto, una doncella se presentó para anunciar a Percy But y Suzy exclamó:

—¿Lo estás viendo, mujer? Todavía vais a llegar antes de que se levante el telón.

Percy But era un caballero que debía de andar rondando los cuarenta. Vestía impecablemente un traje de smoking y debajo de la ropa se marcaban los bíceps potentes y se combaba el pecho de atleta.

Percy era muy rico. Su comercio de diamantes le había permitido amasar una gran fortuna que ahora derrochaba alegremente en compañía de su hermosa amante, a la que, como Suzy había dicho muy bien, no negaba ningún gusto ni capricho.

Se besaron sin preocuparse de la presencia de Suzy.

—¡Cuánto me has hecho esperar!—protestó Florencia.

—Querida, no tengo yo la culpa. Han surgido negocios imprevistos.

—¡Siempre los negocios!...

—Y lo peor es que no puedo acompañarte a la Opera.

Esta declaración produjo en Florencia el efecto que era de esperar.

—Me lo prometiste formalmente—protestó, indignada—. Cuando un caballero da una palabra la cumple.

—Te dejaré en la puerta del teatro. Tengo abajo el automóvil.

—Si hubiera sabido que tenía que ir sola no te habría esperado.

—Yo lo siento más que tú, Florencia. Pero lo que tengo que hacer esta noche es incluíble e importantísimo.

—Todos tus negocios son importantes. Para ti todo tiene importancia menos yo.

—Bueno, se acabaron los sermones. Ahora quiero ver esa sonrisa que tanto estoy echando de menos.

Y llevándose la mano al bolsi-

llo, sacó un estuche y se lo entregó a Florencia.

Ella lo abrió con inocultable avidez y lanzó una exclamación de entusiasmo.

Era un brillante espléndido, magistralmente montado sobre una sortija de platino.

—¿Esta es la compensación?

—Sí. ¿Qué te parece?

—Que me arrepiento de todo lo que te he dicho.

Le echó los brazos al cuello, le besó.

Salieron en seguida los tres y tomaron el auto de Percy.

Este dio a Tom, el chofer, la dirección del teatro de la Opera.

Por el camino, Florencia propuso a Suzy:

—¿Entrarás conmigo al teatro?

—No, querida. No estoy vestida para la Opera. Ya te he dicho que pienso ir un rato al cine.

—Entonces Percy te acompañará. Digo, si esos negocios urgentes no se oponen.

—No seas irónica, chiquilla traviesa—protestó Percy—. Acompañaré a Suzy a la puerta del cine y después te mandaré el auto a ti.

—Supongo que vendrás a casa esta noche.

—Ese es mi propósito, querida.

El auto se había detenido ante el edificio soberbio de la Opera.

Percy bajó para acompañar a Florencia hasta la puerta y después volvió al auto, que reemprendió en seguida la marcha.



### III

Una calleja. Una casa de lúgubre aspecto. Se ve una sombra, de contornos femeninos, deslizarse cautelosamente a través del portal y después subir una angosta escalera que conduce a una puerta más angosta todavía. Ni una luz. Sólo el reflejo remoto del escaso alumbrado de la calleja trata de disipar las tinieblas sin apenas conseguirlo.

La sombra sube con paso indeciso, se detiene un momento ante la puertecilla, tiende la mano para volver a retirarla. Por fin se decide y da en la puerta unos golpecitos. La puerta se abre y la sombra desaparece en el interior.

Al mismo tiempo la arrogante figura de Florencia, a plena luz, avanza por los suntuosos pasillos del teatro en dirección a su palco.

Está realmente deslumbrante de majestad y de belleza.

Todos los ojos se vuelven a mirarla.

Todos saben que es la amiga de Percy But, el acandalado comerciante de diamantes.

Otro teatro: el "Folies". El banquero Taglioni cruza el escenario en dirección a los camerinos de las artistas. A nadie llama la atención su presencia, porque todos saben que es el amante de la estrella, Suzy Oven.

Pero el banquero no se detiene ante el camerino de la estrella. No entra en él. Sigue adelante. A través de un laberinto de viejos hastidores, de húmedos y oscuros pasillos de desnudas paredes, llega hasta una puertecilla secreta y por ella desaparece. Nuevos pasillos, otra puerta. También ésta se abre empujada por la mano de Taglioni, el cual se ha detenido antes un mo-



mento para comprobar que su revólver está cargado.

Avanza Taglioni lentamente. Se halla en una habitación espaciosa en la cual sólo hay una gran mesa rodeada de sillas. Parece la mesa redonda de un antiguo hotel o la de reuniones de una sociedad.

Todas las sillas están vacías. Sólo una sirve de asiento a una persona. Y esa persona es Percy But.

Taglioni se va acercando a él con toda clase de precauciones. Percy But le mira fijamente, pero con indiferencia.

De pronto, dice Percy:

—¡Traidor!

—¿Para esto me has llamado, Moreud Billy?

Percy no demuestra extrañeza al oír este nombre. Se levanta y, con las manos en los bolsillos, sin preocuparse lo más mínimo del revólver que Taglioni empuña, se acerca a él y repite:

—Sí. Traidor. El robo que se ha cometido en tu banco ha sido preparado por ti mismo y llevado a cabo por tus hombres.

—No creía que ello pudiera importarte.

—Es que lo has hecho para que

las sospechas recaigan sobre mi gente.

—Veo que no eres tonto—confiesa entonces Taglioni—. No quiero que me molestéis tú ni los tuyos.

—Pues eso va a ser difícil.

Taglioni le mira fijamente.

—Contesta a lo que voy a preguntarte, Moreud Billy. ¿Te entregué los quinientos mil dólares que me pediste o no?

—En efecto, me los entregaste.

—¿Y no me diste al recibirlos tu palabra de que dejarías en paz mi negocio de pianos?

—Así fué.

—Entonces ¿por qué te propones estorbarme este negocio? Los hombres como nosotros hacen honor a su palabra. Esa es mi táctica cuando menos. Ante todo no debemos olvidar que somos hombres.

Pero Percy But no se inmuta. Sonríe irónicamente.

—No has de darme lecciones de esa clase. Yo cumpliré la palabra que di. Es decir, para no preocuparme de tu negocio de pianos. Son pianos, ¿verdad?

—Mecánicos.

—Es lo mismo. Mecánicos o no mecánicos, cumpliré mi palabra. No me preocuparé de tus pianos. Pero

*AL CAPONE (Pánico en Chicago)*

si dentro de ellos hay algo más que un mecanismo, un relleno de... cocaína, por ejemplo, entonces ya es otra cosa. Para eso no he dado mi palabra.

Taglioni le dirige una mirada de

odio y le lanza al rostro esta palabra:

—¡Canalla!

Percy But responde con una carcajada.

Y Taglioni, ciego de ira, se abalanza sobre él.

IV

Un acomodador entró en el palco para avisar a Florencia que la llamaban con urgencia al teléfono.

Florencia salió del palco inmediatamente. Se llevó el auricular al oído.

—Aquí Florencia Dingley. ¿Con quién hablo?... ¿Percy?... No te oigo...

Y se alteró su semblante.

—¿Herido?... ¡Habla más alto, por Dios!... ¿Dónde estás? ¿Que el chofer sabe las señas?... ¡Percy!... ¿No me oyes? ¡Percy! ¡Percy!

Arrojó el transmisor y echó a correr hacia la puerta del teatro.

El chofer estaba sentado tranquilamente en el baquet, escuchando en un pequeño aparato de radio la transmisión de la ópera.

—¡Pronto, Tom! ¡Algo grave le ha sucedido al señor But! ¡Lléveme adonde está! ¡Me ha dicho que usted lo sabe!

El chofer se sobresaltó.

—Sí, sé donde está. Suba usted en seguida. No hay segundo que perder.

Empuñó el volante y el auto salió de estampía.

Pasó por delante del "Folies", dió la vuelta por la primera travesía, volvió a tomar la primera bocacalle de la misma mano y se detuvo.

Estaban delante de aquella lúgubre casa en que una sombra de mujer había entrado.

El chofer bajó y abrió la portezuela.

—Aquí es.

Florencia bajó también y se detuvo sobrecogida ante el aspecto inquietante de la vivienda.

—¿Aquí?—preguntó.

—Sí, aquí.

Continuaban las densas tinieblas



en la calle y en el interior del zaguán.

Florencia tuvo un gesto de decisión.

—Vamos.

Y siguió al chofer, que había cruzado el portal en seguida.

Tom empuñó el revólver y echó a andar delante, escaleras arriba y guiándose por el tacto más que por la vista.

Florencia le seguía asida a su brazo.

Llegaron ante la puertecilla. La golpearon inútilmente, al mismo tiempo que Tom dirigía a ella el cañón del revólver. Por fin abrió Florencia.

Ahogó un grito de horror al ver un cuerpo exánime en un sillón, con la cabeza caída hacia un lado.

Tom fué el primero en reconocer la cabeza de su amo.

—Es él—dijo.

Entonces le reconoció Florencia, que avanzó paso a paso hasta el cuerpo exánime. Estaba intensamente pálida. Temblaba de miedo, de dolor y de angustia.

Por unos momentos permaneció ante Percy sin pronunciar palabra ni hacer el menor movimiento.

De pronto, cayó sobre el amado cuerpo sollozando:

—¡Percy!... ¡Percy!

Tom, más fuerte y sereno, la apartó, auscultó el corazón y pronunció las palabras terribles:

—Está muerto.

De nuevo comenzó Florencia a gemir, esta vez más desesperadamente.

Tom suplicó:

—Si no se calla estamos perdidos.

Florencia hizo un esfuerzo por contener los sollozos y el chofer se dirigió a un teléfono que había sobre la mesa, con el auricular colgando del hilo. Era sin duda el teléfono que había empleado Percy para llamar a Florencia en el momento de su agonía.

Fué a empuñar el auricular, pero retiró la mano en seguida. Se puso los guantes y entonces avisó a la jefatura, dando escuetamente las señas de la casa y añadiendo:

—Vengan pronto.

Después rogó a Florencia:

—Vamonos de aquí antes de que venga la policía.

Pero Florencia tenía en la mano algo que acababa de coger del suelo.

Un pañuelo de mujer.

Un pañuelo de mujer con las iniciales S. O.

Florencia estaba pensativa, pero Tom se la llevó de un brazo.

—Si nos encuentra aquí la policía estamos perdidos.

Cuando llegaron a casa de Florencia, hasta cuyas habitaciones la tuvo Tom que acompañar, la dama seguía pensativa, como obstinada

en descifrar el jeroglífico de aquellas iniciales.

—S. O.—repetía como hablando consigo mismo—. S. O.

Y de pronto, se detuvo.

—Extraña coincidencia—dijo en tono extraño—. Las iniciales de Suzy Oven.

Y Tom convino:

—St, de la amante de Tagliani.

V

Estaba Mágara arreglándose para salir a escena.

Con Suzy Oven constituía la parte fuerte del programa. Eran muy amigas y las dos estrellas tenían un solo camerino, un amplio y lujoso camerino donde podían advertirse todos los detalles de coquetería y refinamiento.

Mágara se arreglaba ante el espejo cuidando especialmente de borrar ciertas huellas de sus ojos. Parecía como si hubiera llorado. Sus ojos se abrían con expresión de miedo o de inquietud. Sólo con afeites había conseguido ocultar la intensa palidez de sus mejillas.

—Si te descuidas se te hace tarde.

Pero Suzy no contestaba. Volvió hacia ella los ojos Mágara y en-

tonces pudo advertir que la dominaba una profunda agitación.

—Pero ¿qué te pasa?

—Acabo de presenciar un choque de autos. Ha sido espantoso.

—¡Bah, eso ocurre todos los días!

—Pero ¡esos gritos! ¡esos gritos horribles! ¡Los tengo clavados en las sienes!

Inmediatamente oyó Mágara ese ruido característico que produce un cuerpo al desplomarse.

Se volvió y vió que Suzy estaba tendida en el suelo.

Se levantó inmediatamente. Comenzó a lanzar voces mientras se arrodillaba junto al cuerpo de su compañera. Acudieron doncellas, artistas, empleados, y todos se dedicaron a auxiliar a Suzy Oven.

\*\*\*

En la casa del crimen entraron el detective, su joven ayudante y algunos agentes.

Aquél fué el primero en llegar ante el cadáver.

—¿Es Percy But!—exclamó.

Y añadió en seguida:

—Está muerto.

—¿Suicidio?—inquirió el ayudante.

Pero el detective no contestó. Examinaba el escenario del drama.

De pronto, descubrió sobre la mesa, junto al teléfono, un papel.

Lo leyó:

"No se culpe a nadie de mi muerte. Morend Billy."

Fuó la firma lo que más atrajo la atención del detective, que repitió como si hablara consigo mismo:

—Morend Billy. Firma Morend

Billy. Y todos le teníamos por Percy But.

Una pausa y preguntó a los agentes:

—¿Qué casa es ésta?

—Hace un año que está deshabitada—repuso uno de ellos.

El detective sonrió.

—¿Un año deshabitada y hay teléfono?

El agente contempló el teléfono estupefacto.

—Es verdad. No había caído.

—¿Quién es el dueño de este edificio?

—Esto es la parte trasera del "Folies" y su propietario es Taglioni, el banquero.

Esto pareció interesar al detective sobremanera.

Se reconcentró, permaneció así un momento y luego dijo:



—Percy But... Taglioni... Morand Billy...

Se detuvo y añadió *enérgicamente*:

—Esto no es un suicidio.

Llamó a su ayudante. Le pasó una mano por los hombros.

—Prepárate, muchacho, que esta noche hemos de trabajar mucho.

—Bien, jefe.

\*\*\*

Ya habían terminado Suzy y Mágina su actuación.

Aquella se hallaba tendida en una chaise-longue, en amoroso coloquio con Taglioni. Mágina estaba aún ante el espejo quitando las últimas huellas del maquillaje.

Taglioni había llenado una copa de champaña que ofreció a Suzy.

—¿Te encuentras ya mejor, querida?

—Sí, ya parece que va pasando todo.

En cambio Mágina, aunque nadie lo había advertido porque tenía buen cuidado en disimularlo, continuaba tan agitada y extraña como antes.

Se acercó a sus amigos.

—¿Me queréis dar una copa de champaña?

—Con mucho gusto.

Y Taglioni llenó una copa que Mágina bebió ávidamente, como si quisiera borrar algo con ella.

Se retiró detrás de un biombo para cambiarse de ropa y preguntó desde allí:

—¿Adónde vais esta noche?

—No nos faltará adónde ir para divertirnos un rato—repuso Suzy.

—¿Quieres acompañarnos?

—Si no os molesto...

—Al contrario, querida.

—Pues entonces, esperadme.

Llamó a su sirvienta para que la ayudara.

Suzy hizo lo mismo.

—Dame la sortija que tengo en el bolso—ordenó Suzy a la vieja criada.

Y ésta abrió el bolso, sacó un pañuelito de encajes que depositó sobre el tocador y encontró por fin la sortija que Suzy había pedido.

Volvió a guardar el pañuelo en seguida, pero ya había podido verse que era idéntico y que tenía las mismas iniciales—S. O.—que el que conservaba Florencia.

Los amantes y su amiga se dirigieron a un dancing de moda.

VI

Estaban los tres sentados en torno a una mesa.

Márgara, que sin duda estaba haciendo esfuerzos inauditos para sujetar sus nervios, se puso en pie de pronto y exclamó:

—Voy a ver si encuentro a algún amigo que me invite a bailar.

Y antes de marcharse se bebió una copa de champaña.

Suzy bromeó:

—Tu te has propuesto que te tengamos que llevar a casa esta noche.

A la puerta del dancing, el detective y su ayudante se separaron.

—Ya sabes—dijo aquél—. Dentro de diez minutos telefonéas y dentro de un cuarto de hora te presentas con la noticia.

—Esté usted tranquilo.

Y el detective entró en la sala.

Desde ella vió que Taglioni estaba en el piso superior, al lado de la barandilla, y subió para hacerse el encontradizo.

Le fué fácil. Era un buen actor, porque era un buen detective.

Como por casualidad, éste se encontró ante el banquero.

Saludó atentamente.

—Buenas noches, señor Taglioni.

—Buenas noches, amigo mío—repuso en tono amable Taglioni—. Es la segunda vez que nos encontramos hoy.

—En efecto.

—¿Quiere usted hacernos compañía?

—Encantado.

Presentó el banquero a Suzy Orru.

—¿Quién no conoce a la mejor bailarina de América?—dijo el detective galantemente.

Y siguieron charlando en tono amistoso, alegre y cordial.

Suzy había quedado pensativa y su rostro había adquirido una sombría expresión. Sin duda se acordaba de lo que había llegado a producirle un desvanecimiento.

De pronto, un ordenanza se acercó a la mesa para avisar a Taglioni que le llamaban al teléfono.

—¿Quién me llama?—preguntó.

Y el ordenanza dió el nombre que le habían dado.

—Percy But.

En este momento la copa de champaña que Suzy había tratado de llevarse a los labios se le cayó de la mano y se rompió derramándose su contenido.

Taglioni sonrió.

—Hoy está muy nerviosa—dijo.

Y añadió al mismo tiempo que se levantaba:

—Voy a ver qué quiere ese demonio de hombre.

Por un momento quedaron solos Suzy y el detective.

Este examinaba su traje de etiqueta.

—¿Le he manchado?—inquirió Suzy.

—No. Además, no me importaría lo más mínimo que me hubiera echado a perder un traje la eminente bailarina Suzy Oven.

Hizo la artista un esfuerzo por sonreír, pero sólo consiguió hacer una mueca.

—¿Estoy tan nerviosa esta noche!

—¿Algún disgustillo?

—Algo más que eso. He presenciado un choque de autos. Ha sido horrible. La sangre, los gritos...

—Realmente, eso es demasiado para un corazón de mujer.

Desde aquel momento, Suzy no pudo refrenar su nerviosismo. Le temblaban las manos, su respiración era jadeante. Y la mirada penetrante, escudriñadora, del detective, acababa de agitar su espíritu.

Regresó Taglioni.

—Es raro—comentó—. No ha contestado nadie. Por lo visto, Percy se ha retirado del teléfono. En cuanto le pesque le daré un buen tirón de orejas.

—Tengo entendido que es muy bromista.



—No lo sabe usted bien. Siempre está dispuesto a hacerle a uno una jugarreta.

—Pero ya veo que usted no se enfada mucho con su amigo Percy.

—De eso ni hablar. Somos buenos amigos. El me lo aguanta a mí todo y yo se lo aguanto a él.

—Sin embargo, a la señorita Oven no parece que le haya sentado muy bien la llamada telefónica.

—Sonreía al decir esto como si el hecho le fuera indiferente.

Y en el mismo tono repuso Taglioni:

—No tiene importancia. Las mujeres se emocionan por muy poca cosa. Suzy ha presenciado esta noche un incidente y...

—Ya me lo ha contado ella misma.

—Entonces no sé por qué le extraña que se le haya caído la copa de la mano.

—Tiene usted razón. Los detectives, a fuerza de pensar, llega un momento que perdemos el dominio del pensamiento.

Se presentó el ayudante.

—Ustedes dispensen.

Todos levantaron los ojos a él y el detective preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, muchacho?

—Una noticia desagradable.

—Veamos.

—Han matado a Percy But.

Suzy lanzó un grito. Después exclamó:

—¡Pobre Florencia!

Se acercó Märgara.

—¿Qué ha pasado?

—Que han matado a Percy But.

También el rostro de ella se demudó a pesar de que el exceso de champaña le impedía emocionarse demasiado.

—¿Es el amante de Florencia, verdad?

—Sí — gimió Suzy —. ¡Pobre amiga mía!

Y Märgara repitió:

—¡Pobre!

El detective miraba a Taglioni fijamente.

—¿Qué le ha parecido a usted la noticia?

—Puede usted suponerlo. Percy era un buen amigo mío.

Y suspiró:

—Hoy está el día de desgracia.

Un robo en el banco. Un accidente de automóvil. Un asesinato...

—¡Vámonos, vámonos! — imploró Suzy, cuyos nervios amenazaban con una crisis.

—¿Se sospecha de alguien? — preguntó el detective.

Y contestó el ayudante:

—De Al Capone.

Taglioni se había levantado ya y ayudó a Suzy a ponerse el abrigo. Se despidieron del detective y de Márgara. El banquero rodeó la cin-

tura de la artista con un brazo y la condujo hacia la escalera.

—Un taxi te llevará a casa. Yo tengo mucho que hacer.

Y Suzy suplicó:

—¡Por Dios! ¡No me dejes sola!

—¡Vamos, vamos! No eres una niña para ponerte así.

Y fué inútil todo cuanto Suzy hizo por que Taglioni la acompañara. ¿Tan perentorios e ineludibles eran aquellos quehaceres con que el banquero se había excusado?

VII

Apenas se hubo alejado el auto que conducía a Suzy, Taglioni llamó al suyo.

En este momento salió el detective.

—Pero ¿se va usted también?—  
Inquirió Taglioni.

—Sí. Voy a tomar un taxi.

—¿Quiere usted utilizar mi auto?

—No quiero molestarle.

—Nada de molestias. Como yo vivo cerca, el auto me dejará en mi casa y luego le llevará donde le convenga.

—Es usted muy amable.

Y los dos subieron al coche.

Ya había arrancado, cuando Taglioni preguntó:

—¿Hemos hecho mal en no esperar a su ayudante?

—No lo crea. Sus quehaceres están por otro lado.

Taglioni sonrió.

—En cambio los de usted están por el mismo lado que los míos.

—En efecto.

El auto se detuvo. Habían llegado ante la casa de Taglioni, una elegante villa en barrio aristocrático.

Bajó el banquero y se despidió amablemente del detective. Apenas entró en la casa, un criado le advirtió:

—La casa está cercada.

Y el gesto de inquietud que había en el rostro del criado no se reflejó en el de Taglioni.

—¡Bueno, hombre, bueno! No hay por qué asustarse. ¡Cualquiera diría que es la primera vez que ves a la policía!



Apagó las luces. Se dirigió a la gran galería cristalada y desde allí estuvo examinando el exterior.

En efecto, los súbditos del detective estaban repartidos por detrás de los árboles, por las esquinas, por todas partes donde sus cuerpos pudieran encontrar algo que les sirviera de escondrijo.

Y Taglioni sonrió.

"Quieren espiarme—se dijo—. Seguirme hasta obtener una pista. Pero se van a llevar chasco."

Se retiró del ventanal, entró en el salón de música y se sentó ante el piano. Allí era donde Taglioni resolvía todos los apuros de esta indole.

\* \* \*

Aquel interior tenía todo el aspecto de un garito clandestino. Un puñado de hombres se agrupaba en torno de una mesa. Estaban jugando a las cartas y dos de ellos iban amontonando billetes en medio de la mesa y lanzando cifras.

—Quinientos dólares.

—Seiscientos.

—Seiscientos cincuenta.

—Setecientos.

Los demás actuaban de espectadores en aquella lucha emocionante.

En todos los rostros se reflejaba viva ansiedad y todos tenían

cierta semejanza. Rostros duros, de mirada cinica y penetrante, de aspecto intranquilizador y monstruosa fealdad.

Uno de los dos contendientes en la jugada que tanta sensación estaba produciendo, era un hombre delgado y pálido, de desorbitados ojos y largo cuello. Su emoción era tal que las cartas le temblaban en las manos.

El otro era un hombre voluminoso, de cara redonda y arrugada por los años, y su aspecto denotaba una tranquilidad absoluta.

Este fué el que lanzando un pu-

ñado de billetes sobre la mesa y dando después una chupada al cigarro puro, exclamó:

—Para que sea punto redondo, me juego trescientos dólares más.

—¿A mil?—inquirió el otro jugador, aterrado.

—Si sabes sumar, esa es la cifra.

El pálido hombrecillo tragó saliva, miró y remiró las cartas y comprendió que había que jugarse el todo por el todo.

—A mil quinientos — exclamó como en un arrebató de locura.

El hombre grueso se llevó el puro a la boca, aspiró y expelió el humo. Después dijo tranquilamente:

—A dos mil.

Se estremeció el rival. Un sudor frío invadió su frente. Por vigésima vez examinó sus cartas una a una. De pronto alzó la mirada. Se reflejaba en ella la desesperación. Mordiendo las palabras, replicó:

—A tres mil.

Y fijó la mirada con expresión anhelante en su enemigo.

De pronto, se abrió la puerta y una voz dijo:

—Ahí hay una mujer.

Todos se volvieron y se queda-

ron un poco asombrados al comprobar la belleza y la majestad de la dama.

Jamás había puesto los pies en aquella casa una mujer tan distinguida y hermosa.

Aquella mujer era Florencia. La acompañaba Tom. ¿Por qué estaba en aquella casa? ¿Tenía algo que ver aquel garito con la tragedia de que había sido víctima su amante?

Pero la cara de Tom no extrañó a nadie. Era evidente que lo conocían.

E incluso hubo uno para quien no fué desconocido el hermoso semblante de Florencia Dingley. Era éste un hombre de rostro indescriptible de tan feo. Se acercó a la dama y, mirándola fijamente con sus ojillos penetrantes, declaró:

—Sé quién es usted. ¿Dónde está Percy But? Hace una hora que le estamos esperando.

Florencia le miró friamente. Pasados los primeros momentos de turbación, su aspecto era el de la mujer valiente y decidida que no está dispuesta a resignarse a su desgracia.

—Ya sé que su verdadero nombre era Morend Billy—repuso len-

tamente—. También sé que vosotros sois "su gente". Tom os conoce y él me ha traído aquí.

—Yo soy su segundo—repuso impaciente el hombre de faz monstruosa—. ¿Nos trae usted algún recado de él?

—El ya no puede enviarnos recados.

Hubo un movimiento de inquietud en todos los presentes ante el tono trágico con que Florencia hablaba.

—¿Por qué?—preguntó el que se acababa de atribuir el segundo puesto de la banda.

—Porque ha muerto.

Un movimiento de sensación. Un silencio de sorpresa.

—¿Asesinado?—inquirió el subjefe.

—Sólo sé lo que me dice en esta carta que Tom me ha entregado hace una hora.

Y entregó la carta al compañero de Morend Billy.

Aquél leyó:

"Mi querida Florencia:

Voy a una entrevista muy importante. Si no vuelvo de ella, Tom, por encargo mío, te entregará esta

carta. Yo soy el conocido aventurero Morend Billy. Hasta ahora te lo oculté, pero como siempre has sido fiel para mí, no quiero tener contigo ningún secreto. Te agradeceré que ayudes a mis compañeros en lo que en estos momentos puedan necesitar de ti. En el momento de escribir estas líneas estoy seguro de que si muero será a manos de Al Capone.

Adiós, el que para ti fué siempre Percy But,

*Morend Billy."*

El que leía levantó los ojos de la carta con una expresión en la que el dolor y la ira se mezclaban.

Y todos los que miraban aquellos ojos oscuros y punzantes los vieron cambiar de expresión al mismo tiempo que el subjefe exclamaba:

—¡Al Capone!

Se volvió Florencia, siguiendo la mirada de los ojos penetrantes.

Y vió que el que acababa de entrar y el que acababa de provocar la exclamación del subjefe era el banquero Taglioni.



## VIII

¿Cómo había conseguido burlar Taglioni la estrecha vigilancia que el detective había montado en torno a su chalet?

¿Cómo, si frente a la puerta, sólo que al otro lado de la calle, estaba John, sentado ante el volante de un camión parado y el cual no tenía más misión que la de no quitar ojo a la única entrada del chalet, mientras alrededor de la casa, diez o doce agentes vigilaban todas las ventanas y huecos de la villa?

Ya hemos dicho que aquel piano, ante el que Taglioni se sentó, le había salvado más de una vez de apuros semejantes.

Sobre el tejado de una casa vecina y deshabitado había un gran anuncio luminoso. Aquellas letras citaban una marca de hojas de afilar que nadie conocía ni se preocu-

paba de conocer. ¡Son tantos y tantos los que quieren ganarse la vida fabricando hojas!...

A través de la ventana veía Taglioni aquel anuncio, sin tener que moverse de la banqueta del piano. Primero tocó una melodía. Después movió una palanca que había debajo del teclado y sin quitar la vista del gran anuncio luminoso oprimió una tecla.

Se apagó una letra del anuncio. Oprimió después otra tecla y otra letra se apagó. Y, así, siguió oprimiendo teclas hasta que con las letras apagadas pudo formarse una frase.

Uno de los agentes comentó:

—En mi vida he visto un anuncio luminoso más original. Nunca sabes por dónde va a apagarse ni por dónde va encenderse.

El que le acompañaba sonrió burlonamente.

—Bien se ve que eres de pueblo. Todos los anuncios luminosos se apagan y se encienden y no pasa día sin que se invente un nuevo sistema de llamar la atención.

Y añadió en tono protector de quien da un buen consejo:

—Lo que tienes que hacer es mirar a la ventana, pues si sigues mirando a los anuncios, mal podrás saber si el pájaro huye.

Entretanto, no muy lejos del chalet había una casita desde la que siempre vigilaba alguien los cambios del anuncio luminoso.

Apenas oprimió Taglioni la primera tecla, el vigilante de guardia requirió un lápiz y un papel y fué apuntando las letras que en el anuncio luminoso se apagaban.

Cuando el banquero terminó su mudo concierto, aquel mismo individuo se apresuró a vestir la indumentaria de los repartidores de telegramas y partió velozmente en bicicleta.

Llegó a la casa de Taglioni.

John, desde el baquet del camión, donde por cierto se aburría soberanamente, creyó que había lle-

gado el momento de descubrir algo, pero sufrió una desilusión al comprobar que se trataba de un repartidor de telegramas.

—¡Bien podía haber telegrafiado este tío a otra hora menos intempestiva! — le oyó John murmurar, mientras tiraba furiosamente de la campana.

John pensó: "Si protestas por repartir telegramas, ¿qué harías si te obligaran a permanecer horas y horas muriéndote de asco en el baquet de un camión?"

Alguien abrió la verja y el empleado entró refunfuñando, no sin antes advertir al criado que le había abierto, que permaneciera allí cuidándole la bicicleta hasta que él saliese.

El criado no le hizo el más mínimo caso.

Hubo un momento en que el silencio volvió a reinar en los alrededores del hotel, y, de pronto, la verja volvió a abrirse.

John dió un salto. ¿Sería aquel el momento en que se ganaría una felicitación de su jefe?

Nueva desilusión. Era el repartidor de Telégrafos que salía, volvía



--¿Qué me importa si lo tengo todo asegurado?



Por fin, abrió Florencia.



—...Las iniciales de Susy Owen.



—se hallaba tendida en una chaise longue.





— De Al Capone.



— El ya no puede enviarnos  
recados.



Se vió en séguida rodeado por todos los de la banda de Morend Billy.



—Házelo bien, porque os prevengo que no es fácil jugar conmigo.



-S. 10.



-¿Taido representaba para ti sus hombre?



—...esos desdoblamientos acaban siempre por descalzarse.



—Acabo de pescar uno y ya está  
picado otro.





—Puesto que los dos nos conocemos, no hay motivo para que siga ocultándole el rostro.



—¿Está usted herido?



—¿Dónde está?



—No conozco a ese caballero.

*AL. CAPONE (Pánico en Chicago)*

a subir en la bicicleta y se alejaba velozmente.

—Ahora no murmura—pensó John—. Bien se ve que la propina no ha sido floja.

Y así fué como Taglioni salió de

su casa, sin que los múltiples vigilantes se dieran cuenta.

Porque era Taglioni el que se alejaba en bicicleta, mereciendo el comentario humorístico de John, que no podía sospechar aquel ardid.

IX

Los ojillos del lugarteniente de Morend Billy no se apartaban del recién llegado.

Este, que no se había inmutado al oír que le llamaban Al Capone, se vió en seguida rodeado por todos los de la banda de Morend Billy.

En cambio, Florencia había tenido que ahogar un grito de sorpresa al saber que el banquero Taglioni no era otro que Al Capone, es decir, el asesino de su amado amante.

—¿Sabes que ha muerto Morend Billy?—le preguntó el subjefe en tono de amenaza.

—Sí—repuso Al Capone imperturbable y sin molestarse siquiera en sacar la mano izquierda del bolsillo donde la había introducido con un gesto de indiferencia.

—¿Sabes acaso quién lo ha ma-

tado?—volvió a preguntar el subjefe.

—Sí.

—¿Quién?

Al Capone avanzó hacia el centro de la sala, al mismo tiempo que decía:

—Yo.

Un largo y profundo silencio.

¿Se daba cuenta Al Capone del peligro en que se hallaba? ¿Se daba cuenta de que de cualquiera de aquellas manos podía surgir una bala lanzada contra su corazón?

Sí. El sabía muy bien que en aquellos momentos su vida estaba pendiente de un hilo.

Pero ¿qué adelantaría con volverse o mostrarse menos audaz?

Con este proceder sólo lograría hacer el ridículo ante la banda de Morend Billy y que la bala que



había de entrarle por la espalda le entrara por el pecho.

Por eso no se volvió hasta que el tiempo transcurrido le permitió deducir que aquellos hombres no pensaban matarle, sin duda porque había logrado imponerse a ellos.

Había ganado la partida. Al volverse se encaró con el jugador grueso e impenetrable que mantenía aún sus cartas en la mano.

Dirigió Al Capone la suya hacia ellas.

—¿Quién quiere jugar conmigo?

Pero el dueño de las cartas las defendió enérgicamente.

—No toques estas cartas. Me juego tres mil dólares con ellas.

—Pues yo te las compro por cinco mil.

Y se las quitó de las manos, sin que el jugador opusiera la menor resistencia.

Sabía muy bien que una palabra de Al Capone valía tanto como un cheque.

—¿Quién es mi contrario?—preguntó, dirigiéndose a la mesa.

Y el hombre pálido y de manos trémulas repuso:

—Yo.

Se acercó también a la mesa de-

minado por aquella emoción que le transfiguraba, dándole aspecto de un loco.

Al Capone ni siquiera había mirado las cartas.

—Me juego cien mil dólares—dijo tranquilamente.

El hombre pálido se estremeció. Una desolación se extendió por su semblante. Todo estaba perdido. ¿Cómo iba a jugarle él aquella fortuna que no poseía? Además, aunque la poseyera, no se la habría jugado.

Arrojó las cartas sobre la mesa y se fué haciendo gestos de desesperación.

Al Capone sonrió burlonamente.

—¿No hay nadie que quiera jugar?

Y pasó una mirada en torno suyo, examinando uno a uno todos aquellos rostros, en los que había un gesto de asombro y temor.

—Hacéis bien, porque os prevengo que no es fácil jugar conmigo... Por última vez, ¿hay alguien que quiera jugar?

Y ya iba a arrojar las cartas sobre la mesa, cuando se oyó una voz de mujer.

—Sí, yo.

Todos se volvieron hacia Florencia.

Era ella la que había recogido el reto, ella la que se había acercado a la mesa mirando al falso Taglioni con valiente fijeza.

El la miraba también. Y he aquí que lo que no había conseguido la vista de ningún hombre, lo consiguió la de aquellos hermosos ojos femeninos y no precisamente por lo que tenían de bellos, sino por lo que en ellos había de irrevocable decisión.

No aceptó Al Capone el desafío.

Arrojó las cartas sobre la mesa y exclamó:

—No acostumbro jugar con mujeres.

Se dirigió a la puerta con estudiada lentitud. Desde el umbral se volvió para decir al que le había vendido las cartas:

—Ven mañana a mi banco a cobrar los cinco mil dólares que te debo.

Se cerró la puerta ocultando la figura de Al Capone. El jugador de semblante febril y manos trémulas se abalanzó sobre las cartas que el falso Taglioni había arrojado sobre la mesa y las examinó ávidamente.

Lanzó un grito de rabia:

—¡Era un farol! ¡Era un farol!

\* \* \*

Todos los demás permanecían en silencio mirando aquella puerta por donde Al Capone acababa de desaparecer.

—Pero ¿por qué lo habrá matado?

Y cuando esta pregunta de uno

de los hombres de Morend Billy parecía iba a quedar sin respuesta, Tom declaró:

—Yo lo sé.

—¿Tú?—preguntó el mismo que antes había hablado.

—Sí.

—¿Por qué le ha matado?

—Porque mañana piensa hacer una operación que Morend Billy quería estorbarle.

—¿Robo?

—No. Contrabando.

—¿Alcohol?

—Cocaína. Cinco mil kilos. La entrará oculta en unos pianos. Morend Billy quería una parte en el negocio y Al Capone no estaba dispuesto a dársela. Sin duda, no ha encontrado otro medio más seguro de solucionar el problema que quitárselo de en medio.

Ni un comentario. Todos callaban. Evidentemente Al Capone había logrado impresionarles y ninguno de aquellos hombres estaba dispuesto a tomar venganza ni a poner en práctica los propósitos de su difunto jefe.

—¿Qué quiere decir ese silencio?—inquirió Florencia—. ¿Que os vais a humillar a la altívez de ese hombre?

—A mí no me importa el negocio de cocaína—repuso el más cobarde—. Es muy peligroso. Que le haga buen provecho a Al Capone.

Florencia esperó en vano que al-

guien corrigiera esta afirmación y, en vista de que nadie lo hacía, exclamó:

—¿Estos son los bravos hombres de Morend Billy? El me ha dejado escrito que os ayudara, pero bien veo que lo que necesitáis es dirección. Yo no estoy dispuesta a que quede impune el asesinato de ese hombre ni a que deje de cumplirse la voluntad de Morend Billy. Es lo menos que puedo hacer por quien supo mostrarme que me amaba de verdad. El que no sea un cobarde que me siga como hubiera seguido a su jefe. ¿Vais a pasar por la vergüenza de no atreveros a hacer lo que yo, una mujer, está dispuesta a llevar a cabo? Escuchadme. Hay que impedir que ese contrabando se lleve a cabo. Ni para ellos ni para nosotros. Tom ha averiguado que mañana da un baile. La fiesta no tiene más objeto que despistar a la policía. Os cito a reunión para mañana a media tarde. Entonces os daré instrucciones concretas. Y después de cumplirlas, volveremos a reunirnos para tomar nuevos acuerdos. Una vez consumada esta operación, que representa la voluntad



de Morend Billy, os dejaré en libertad, aunque siempre dispuesta a ayudaros, porque así me lo ha ordenado él. ¿De acuerdo?

Y ante el ejemplo heroico de aquella mujer, el subjefe contestó:  
—De acuerdo.

Ya había salido el sol y aun estaba el detective trabajando en su despacho.

El ayudante fumaba pitillo tras pitillo, mientras su jefe trabajaba.

Se había convencido, después de una larga noche de lucha, que sobre los datos que tenían no era posible aclarar el misterio que tanto les preocupaba.

El detective revolvía montones de fichas y papeles sobre la mesa.

El ayudante le oyó exclamar:

—¡Aquí hay una buena pista! Morend Billy escapó de presidio hace un año.

—Estoy seguro de que no dejó el menor rastro.

—Vaya si lo dejó: un cómplice.

—¿Se escapó también?

—No, Morend Billy tenía, por lo visto, tantas ganas de abandonar al cómplice como a la prisión.

—¿Y quién es ese cómplice?

—Eso es lo que se trata de averiguar.

—Pues tiene usted tarea para rato.

—Para un par de horas.

El ayudante sonrió incrédulamente.

—Lo primero que hay que saber es si Morend Billy es realmente Percy Rut.

—Sobre eso no me cabe ya la menor duda. Las huellas digitales son las mismas que encontré anoche en el teléfono.

—Y en la carta firmada por el "suicida".

—No, en esa carta hay unas huellas femeninas que no he logrado identificar.

—¡Vaya jeroglífico, maestro!

—Te contestaré cuando conozca al cómplice de Morend Billy.

En este momento se presentó John, el chofer del camión.

En su rostro había huellas de fatiga. Toda una noche encerrado en el baquet de un auto y con la obligación de no dar ni siquiera una cabezada, es demasiado para quien no tiene madera de héroe.



—¿Qué hay, John?—le preguntó el detective.

—Un gran misterio, jefe.

—Venga ese misterio.

—Taglioni no ha salido en toda la noche de su casa.

—Pues no veo el enigma.

—Es que acaba de regresar.

El detective dió un puñetazo sobre las fichas.

—A eso no lo llamo yo misterio, sino estupidez del que lo dice... No ha salido, pero acaba de regresar. ¡Y que tenga uno que trabajar con hombres así!

John dió un paso atrás, sin duda para alejarse del puño del detective.

—Algo más, jefe. En la casa se producen ruidos extraños.

—Las cadenas de los fantasmas, sin duda—replicó el detective irónicamente.

—No, señor. Parece como si cambiaran los muebles de sitio.

—Es muy natural. Está preparando la casa para dar un baile. Me ha invitado por teléfono.

John fué a decir algo más, pero el detective lo impidió:

—No te molestes. Tus informes no me interesan lo más mínimo.

Se ausentó John y el detective la emprendió con su ayudante.

—Y tú, holgazán: pide inmediatamente comunicación con la Jefatura de Nueva York.

Así lo hizo el ayudante.

En seguida quedó la comunicación establecida. El detective empuñó el transmisor, dió su nombre y dijo:

—Deseo datos sobre el cómplice de Morand Billy. Este se escapó hace un año de presidio. Aquél se quedó hasta cumplir la condena de dos años... No, no me importa el nombre... Lo que quiero es un retrato. Transmitámelo por radio cuanto antes. Voy a preparar el aparato.

Preparó la pequeña pantalla receptora y comenzó a pasear por el despacho, consumiendo pitillo tras pitillo.

## XI

Florencia se hallaba sumida en una magnífica actitud de reposo. Sus grandes ojos estaban inmóviles, absortos en visiones internas. Su soberbia figura envuelta en la severidad del vestido de luto, largo y vaporoso, adquirió una mayor majestad. Y por su frente blanca, espaciosa, se adivinaba un constante desfile de pensamientos.

Y es que aquella actitud apacible y reposada no correspondía al estado de ánimo de Florencia. Interiormente continuaba la intensa lucha que se había entablado en su espíritu desde el momento en que descubriera el cadáver de Morend Billy.

Era su pensamiento una fragua y una llaga viva su corazón. Ella amaba a Morend Billy. Comerciante de piedras preciosas o aventure-

ro, aquel hombre había sabido conquistarle todo su cariño a fuerza de amarla y de ser generoso, noble y fiel con ella. Y aunque en ello se jugaba su propia vida, el crimen de Al Capone no quedaría impune.

Entró en el salón una doncella y pronunció su nombre.

Momentáneamente Florencia se irguió, saliendo de su actitud extática. Pero fué sólo un instante. En seguida volvió a aquella inmovilidad que le daba cierto aspecto de esfinge o de diosa.

Entró la persona que la doncella había anunciado

Era Suzy Oven.

En su rostro había huellas evidentes de tristeza. Se acercó a su amiga y la cogió de un brazo con gesto fraternal.

—No tengo nada que decirte,

Florencia. Bien sabes que yo comparto todos tus dolores y todas tus alegrías.

Pero esta vez Florencia no tuvo el menor gesto de gratitud ni de amistad. Esta vez no hizo nada que demostrara aquel afecto que tantas veces había probado a su mejor amiga.

Esta advirtió que al dolor se sumaba la frialdad.

—¿Tanto representaba para ti ese hombre, Florencia?

Sonrió ésta amargamente.

—Si tú amas también, ¿cómo puedes hacerme esa pregunta?

Suzy calló un instante. Después dijo:

—¿Es verdad que Percy But era el famoso Morend Billy?

—Sí.

Y al formular esta lacónica respuesta, Florencia miraba con una expresión que se diría de reto a Suzy Owen.

Añadió:

—Por lo visto ese es el motivo

de tu extrañeza. No te explicas que pueda seguir amando al que ha resultado ser un aventurero.

—Perdóname si te he ofendido.

—¿Dejarías tú de amar a tu Taglioni si supieras que no es más que un criminal?

—¿Qué cosas dices!

—¿Te extraña?

—Sí, Florencia. Hoy hablas un lenguaje que no comprendo.

—O que no quieres comprender.

—¿Qué quieres decir?

—Basta de disimulos, Suzy. Tú sabes tan bien como yo que el banquero Taglioni y Al Capone son una misma persona.

Los ojos de Suzy se abrieron desmesuradamente. Y no se sabía si lo que había en ellos era estupor ante la revelación tremenda o el terror de verse descubierta.

Lo único cierto era que sólo amando como sólo una vez en la vida puede amarse, podía Suzy haber reflejado aquella emoción hondísima, absorbente, desgarradora.



## XII

Al Capone, siempre bajo la personalidad del banquero Taglioni, había preparado una fiesta fastuosa.

Los salones habían sido transformados y decorados del modo más original y suntuoso.

Veíase en un rincón una pendiente arenosa que fingía un trozo de playa. Allí podían las mujeres lucir sus encantos vistiendo menguados maillots y originales vestidos de playa.

La arena estaba húmeda, para que la ilusión fuera perfecta, y potentes luces simulaban una lluvia de sol. Unas estaban tendidas indolentemente como para exponer la nivea blancura de su cuerpo a la acción benéfica de los rayos solares. Otras jugaban con la arena o se entregaban a otros recreos propios de

la playa, con gran algazara de risas y voces.

Al otro extremo del enorme salón tenía lugar el baile continuo, y un bien provisto bufet surtía a los invitados de toda clase de bebidas en la medida que lo desearan o que sus fuerzas pudieran resistir.

Era obligatorio para los caballeros el traje de etiqueta y llevar descubierto el rostro. En cambio, las damas podían emplear toda clase de disfraces y llevar antifaz.

El astuto Taglioni sabía muy bien que esta medida es un gran atractivo para toda fiesta. Con el rostro cubierto, las damas son capaces de audacias que de otro modo jamás cometerían. En cuanto a los caballeros, nada tan grato para ellos como que las mujeres se sientan audaces.

En medio del salón había una



gran piscina destinada a los números de revista contratados por Taglioni y a los invitados que vieran en ella algún modo de divertirse.

Grandes y pequeños peces de madera flotaban en el agua, y cerca de la piscina, al alcance de los invitados, había cañas de pescar sin anzuelo, pero con un lazo que servía para coger a los peces por el cuello.

Los que prefirieran el baño a la pesca, podían lanzarse a la piscina. Allí todo estaba permitido. Así lo advirtió el anfitrión en las invitaciones. El ofrecería diversiones, pero el que prefiriera otras, podía practicarlas, fueran de la especie que fueran, sin más condición que la de realizarlas sin molestar a los demás.

Bien era aprovechada esta libertad por los invitados. El dueño de la casa había tenido buen cuidado en elegir entre sus amistades aquellas que él sabía que amaban la diversión sobre todas las cosas y que no se asustaban ante algún exceso surgido al calor de la fiesta o a los vapores del champaña.

De aquí que el baile estaba como rondando los umbrales de la or-

gía y quién sabe cómo terminaría aquello cuando a la excitación y a la alegría de aquel momento se hubieran añadido varias cajas de champaña.

Al Capone paseaba orgullosamente entre los invitados. En aquel momento el detective y todos sus agentes sabían que él estaba celebrando una fiesta y no se preocuparían lo más mínimo de ir al muelle para comprobar si las cajas que estaban desembarcando contenían solamente pianos o algo que pudiera valer mucho más y fuera muy distinto a cualquier instrumento de música.

Vió de pronto que entraba el detective, y esto acabó de hacerlo feliz. Estaba seguro de que aquel hombre acabaría por volverse loco si se empeñaba en descifrar sólo una pequeña parte de su vida.

Para mejor representar su papel de alegría y despreocupación por todo lo que no fuera aquella fiesta, se dirigió a la primera mujer que vió sola y la invitó a bailar.

Ella accedió gustosísima. ¿Qué mujer no anhelaría bailar e iniciar

un Birt con el potentado y arrogante Taglioni?

Y cuando estaba bailando con ella, fué descubierto por el detective, que se acercó a sadularle y decirle:

—¡Pero usted no descansa, amigo mío! Toda la noche sin dormir y todavía le quedan ganas de bailar.

—¿Quién le ha dicho a usted que he estado toda la noche sin dormir? ¿O es que tiene usted el don de captar los hechos mediante el sexto sentido?

—¡Vaya usted a saber! ¡En este mundo pasan cosas tan raras!

—En este caso, cuando menos algo raro ha sucedido. O usted tiene facultades para la telepatía o yo

soy uno de esos individuos cuya personalidad se desdobla.

—Es posible. Pero tenga usted en cuenta una cosa: esos desdoblamientos acaban siempre por descubrirse y resultan sumamente peligrosos para el que los sufre.

Había hablado lentamente, en tono pausado y sereno, sin que ni uno ni otro diera la menor muestra de emoción.

El detective saludó a la dama que acompañaba a Al Capone y se retiró.

El aventurero comentó:

—Es un amigo muy simpático.

Y reanudó con su hermosa pareja el interrumpido baile.

XIII

Algo acababa de descubrir el aventurero que atraía poderosamente su atención.

Junto a la piscina había una dama vestida con exquisita elegancia y cubierta la parte superior del rostro con un antifaz.

¿Era que reconocía a alguien en aquella escultural mujer? ¿Era sencillamente que le llamaba la atención por su hermesura?

Se había apoderado de una caña y con movimientos llenos de gracia y armonía se entretenía en pescar los peces que flotaban sobre la superficie.

Al Capone hizo un gesto a uno de sus hombres que se hallaba confundido entre los invitados.

—¿Quién es aquella beldad?

—¿Aquella magnífica rubia que

lleva un antifaz y está junto a la piscina?

—Sí, aquélla.

—Pues nadie la conoce. Debe de haber venido acompañando a algún caballero. Sólo puedo decirle que es una dama extranjera.

—Está bien. Puedes retirarte.

El aventurero se dirigió a la piscina con paso lento. Se fingía un poco distraído y otro poco aburrido. Primero pasó por el lado de la bellísima pescadora sin decirle nada, sólo con el objeto de contemplarla.

Y de esta contemplación sacó dos interesantes consecuencias: una, que era todavía más hermosa vista de cerca que de lejos; otra, que aquella mujer no le era desconocida.

Se dirigió a ella resueltamente.

—Sin duda es usted una gran pescadora. Hace un momento que



está aquí y ya ha logrado usted sacar un pescado.

En efecto, la dama había conseguido pasar el lazo por el cuello de uno de los mayores ejemplares.

Se volvió al que le hablaba y repuso con una sonrisa:

—Acabo de pescar uno y ya está picando otro.

El aventurero comprendió la alusión y preguntó con cierto tonillo irónico:

—¿Qué clase de pescado es el que está picando?

—Me parece que es un tiburón.

—¿Y no teme usted a sus dientes?

—No sé lo que es el temor.

—¿Ante los peces?

—Ante nada.

—Hay hombres que adoran a las mujeres audaces. Yo soy uno de ellos.

—Gracias por la parte de adoración que me corresponde.

—¿Quiere usted dejar de pescar y charlar un poco conmigo?

—Si me promete no tratar de conquistarme, sí.

—Se lo prometo. Ahora, que una

cosa es que me lo proponga y otra que lo consiga.

—Esa falta de convicción me demuestra que no tiene usted fe en sí mismo.

—Se equivoca usted. La tengo.

—Pues no se ve.

—Es que hay tentaciones que ningún ser humano podría resistir.

—Y una de ellas es...

—Estar al lado de usted y permanecer impasible.

—Las galanterías siempre acaban por rendir a un corazón de mujer. En el mío ha conseguido usted ya un lugarcito. Por consiguiente, dejo la caña y vamos a conversar.

—Vamos. Pero le advierto que cada vez me va pareciendo más difícil esa contención que me pide.

—¿Qué le vamos a hacer! Correré el peligro. Ya le he dicho que soy un poco temeraria.

El aventurero le había ofrecido el brazo. La dama lo tomó sin vacilar.

—¿No me pregunta adónde la llevo? —inquirió Al Capone.

—¿Para qué, si he de ir de todos modos?



—Decididamente es usted una mujer maravillosa.

—Y usted un apasionado de la galantería.

—La pasión surge inevitablemente cuando uno se encuentra ante una mujer como usted.

Mientras hablaban, la condujo él fuera del salón, a otra estancia también espaciosa y decorada con gran lujo, pero solitaria.

No llegaban allí más que los rumores de la fiesta y las apagadas melodías del sexteto.

Junto a una magnífica terraza, donde las más raras flores de invernadero ponían la gracia exótica de sus formas y colores, había una especie de hamaca que el aventurero ofreció a su bella acompañante.

Ella se sentó, se echó, mejor dicho, con un gesto lleno de gentil indolencia y de tentadora gracia.

Al combarse el cuerpo hacia atrás, las líneas maravillosas de aquella figura se habían insinuado con triunfal pujanza a través del raso del vestido.

Había sido una momentánea, pero mágica visión de belleza insuperable. Aquellos senos firmes y pal-

pitantes... aquella cintura ondulante y flexible y aquella garganta...

El aventurero se inclinó sobre ella.

—Es usted maravillosa. Si sigo contemplándola, dentro de un instante habré enloquecido.

La dama dijo entonces dulcemente:

—¿Qué diría su amiga Suzy Oven si le oyera!...

—No me importa lo que pudiera decir Suzy Oven. Lo único que me interesa es lo que diga usted.

—Nunca creí que un hombre pudiera enamorarse en tan poco tiempo.

—Ni yo tampoco. Pero el caso es que la adoro.

—¿Me adora y no me conoce?

—Eso es lo que usted no sabe.

Una pausa y la dama preguntó:

—¿Quién soy? Dígalo usted.

Y el aventurero pronunció este nombre:

—Florencia.

No se inmutó la dama. Se quitó el antifaz con un gesto pausado, y dijo:

—Puesto que los dos nos conoce-

mos, no hay motivos para que siga ocultándole el rostro.

Había cambiado el tono de aquella voz melodiosa. Ya no era dulce e insinuante, ya no había en ella el menor indicio de coquetería. Se veía claramente que todo había sido una farsa para atraérselo. Ahora hablaba con entonación seca y fría, valiente y retadora.

Le miró fijamente a los ojos. Después preguntó:

—¿Por qué mató usted a Percy But?

El aventurero contestó cínicamente:

—¡Bah! No piense en eso. No era merecedor de su cariño.

—¿Y usted sí? —replicó Florencia, con una sonrisa de sarcasmo.

—Está visto que no quiere ser usted razonable. Todo sea por Dios.

—Está usted muy lejos de merecer el afecto de una mujer como ha merecido el mío Morend Billy.

Hizo una pausa y añadió:

—Yo sé por qué mató usted a Morend Billy.

—¿Está usted muy segura de que lo he matado?

—No es hora de burlas, Al Ca-

pone — le advirtió Florencia, mordiendo las palabras—. En este momento debemos hablar muy seriamente, porque muy serio es lo que ocurre.

—¿Lo que ocurre?

—Sí.

—No sé de qué me habla.

—Pues va a saberlo usted. ¿Qué hora es en este momento?

Al Capone le mostró el reloj. Lo miró Florencia. Sonrió de un modo extraño.

—En este preciso instante salen del puerto tres camiones cargados de pianos.

—Algunos mecánicos. Pero ¿cómo lo sabe usted?

—No se preocupe de averiguar cómo lo sé, porque hay otras cosas que han de interesarle mucho más... Pero en las cajas no hay sólo pianos. Hay algo más.

—En efecto. ¿Es usted adivina?

—Espero que muy pronto desaparecerá de sus labios esa sonrisa de indiferencia.

—¿Por qué?

—Escuche. Un poco de calma. Su gente se ha encargado del transpor-

AL. CAPONE (Pánico en Chicago)

te y de la custodia de los pianos, ¿no es así?

—Siempre es lo que usted dice.

—Pues bien; en una esquina espera a su banda la de Morend Billy. Ya se habrán encontrado. ¿Y sabe usted para qué?

La sonrisa de Al Capone quiso ser de indiferencia, pero fué de inquietud.

—¿Cómo voy a saberlo si usted no me lo dice?

Florencia hizo una pausa y le contempló como recreándose en aquella inquietud que Al Capone no podía ya disimular.

—Usted mató a Morend Billy para no darle parte en este negocio.

—No le correspondía.

—Eso no me importa. El caso es que usted llegó al crimen para evitar el reparto. Pues bien, a estas horas, la banda de Morend Billy se habrá tomado lo que usted no ha

querido darle. Los pianos y su contenido estarán en poder de los hombres de Morend Billy dirigidos en esta empresa por una mujer. ¿Sabe usted quién es esa mujer?

—Lo supongo.

—Pues esa mujer soy yo. Yo, que amaba a Morend Billy como él se merecía, y que por encima de todo quiero hacerle pagar a usted su crimen.

Y con estas palabras, Florencia salió de la casa de Al Capone.

Este buscó con la mirada al detective. No lo encontró. Preguntó a sus hombres y se enteró de que se había marchado a poco de saludarle.

Entonces comprendió que también él debía marcharse en seguida. Sus hombres debían de necesitarlo. Y se fué, procurando que sus invitados no le vieran salir.



XIV

El detective había vuelto inmediatamente a su despacho.

—¿Han transmitido la fotografía?—preguntó a su ayudante.

—No han transmitido nada, jefe. ¿Está usted seguro de que la transmitirán?

—Te pones insoportable con tu desconfianza. Si no fuera porque me eres útil, te habría despedido cuarenta millones de veces.

—No he querido ofenderle, jefe. Pero creo que es preferible desconfiar de las cosas que ser confiado. Así, si no se realiza lo que uno pretende, no le coge de nuevo y el disgusto es insignificante. Y si se realiza, la alegría es doble. De modo que, tire usted por donde quiera, sale uno ganando.

—Pero esa desconfianza le resta

a uno ánimos para emprender los trabajos difíciles. Y difíciles son la mayoría de los que nosotros realizamos.

—Por la gracia de Dios.

—Déjate de chirigotas y mira.

Señalaba el aparato receptor de fotos, donde se percibían las señales anunciadoras de que iba a empezar la transmisión.

Los dos se colocaron con afanoso gesto ante la pequeña pantalla.

Poco a poco fué dibujándose sobre ella una cabeza de mujer. Ni el detective ni el ayudante hicieron el menor movimiento ni pronunciaron una sola palabra mientras duró la transmisión.

Y cuando ésta estuvo terminada, cuando sobre la pantalla aparecía



el retrato completo y acabado, el ayudante exclamó:

—Es una dama.

Y añadió el detective:

—Una dama que conozco muy bien.

—¿Quién es?

—Ven conmigo y lo verás.

Antes de salir, el detective buscó entre los papeles que estaban aún sobre la mesa, la carta encontrada la noche anterior junto al cadáver de Morend Billy, y dijo:

—Esa dama debe de ser la misma que ha escrito estas líneas, por cierto bastante nerviosamente.

Salieron de la casa y se dirigieron al "Folies"

—¿Sigues desconfiando? — preguntó el detective a su ayudante.

Y éste repuso:

—No crea que las tengo todas conmigo.

Cuando llegaron al "Folies", el detective, siempre acompañado del joven ayudante, penetró en el camerino de la estrella sin anunciarse.

En él estaban Suzy Oven y su compañera Márgara, cada una ante su tocador.

El ayudante estaba pensando que

el detective iba a dirigirse a Suzy. Sin embargo, se dirigió a Márgara.

Sin darle tiempo a prevenirse, le mostró el papel y le preguntó:

—¿Ha escrito usted esto?

Márgara se estremció. Debíó de pasar por su pensamiento la idea de negar, pero comprendió sin duda que hubiera sido inútil tratar de deshacer con palabras lo que estaba denunciando su rostro.

Era tal la impresión que había recibido, que el ayudante se apiadó de ella. Una intensa palidez cubría su rostro. Las manos le temblaban. Los labios, también trémulos, pugnanaban en vano por articular las palabras que no salían de su boca.

El ayudante estaba estupefacto. En efecto, aquella mujer era la misma cuya foto acababan de transmitirle de Nueva York. ¿Cómo demonios se las habría arreglado su jefe para dar tan pronto con el cómplice de Morend Billy?

—¿Ha escrito usted esto? — volvió a preguntar el detective.

Y Márgara contestó, bajando la cabeza:

—Sí, yo lo escribí.

Suzy la miró sorprendida. Ha-

hía seguido la escena con emoción y curiosidad. Jamás hubiera creído que su amiga Mágina pudiera verse envuelta en asuntos de justicia.

—¿Qué tenía usted que ver con Morend Billy? — inquirió el detective.

Y Mágina dió esta respuesta sensacional:

—Era mi marido.

Todos los ojos se fijaron en ella con una mezcla de asombro y de deseo de saber.

—¿Percy But su marido?

—Sí.

Y tras una pausa, explicó:

—Me casó con él sin saber quién era. Cuando me enteré de que me había unido a un aventurero, era demasiado tarde para rectificar, porque le amaba. Fui un muñeco en manos de aquel hombre. Mi voluntad era la suya. Nada podía negarle. Cualquier mandato suyo era por mí obedecido ciegamente. Una de sus locuras nos costó cara a los dos. Nos condenaron a presidio. A mí dos años. A él no sé cuántos... muchos más. Jamás olvidaré aquellos meses en que permanecí encerrada

en la sombría celda de la prisión. Fué horrible, fué horrible...

Y ante esta siniestra evocación, los ojos de Mágina se llenaron de lágrimas. Se oyó un gemido y estuvo unos momentos llorando silenciosamente.

Todos callaron. Hasta el detective respetaba aquel dolor que en modo alguno podía ser fingido.

Al fin pudo Mágina continuar:

—Pero él no me amaba a mí como yo a él. Me lo demostró fugándose de presidio y dejándome a mí en aquella soledad espantosa. No, no me amaba...

Y esto parecía producir en Mágina tanto dolor como el recuerdo de sus negros días de encierro.

—Pasó el tiempo. Yo cumplí la condena y recuperé mi libertad. No quiero dar detalles de aquel período de lucha tremenda que empezó con mi salida de la cárcel. Sólo diré que, tras largos meses de lucha, logré abrirme camino en este trabajo de que ahora vivo. Un día, cuando ya casi ni me acordaba de él, me lo encontré en la calle. Comprendí que el encuentro le había desagradado, pero quise hablar con él. Era mi



marido, era el único hombre al que he amado en la vida. El no quiso contarme la verdad de su vida. Sólo me dijo que se hacía llamar Percy But para despistar a la policía. Y me amenazó con matarme si decía que Percy But era Morend Billy... Ciego tenía que estar para decir esto. ¿Denunciarlo yo? ¿Denunciar yo a mi esposo, al hombre por el que estaba dispuesta a llegar a todos los sacrificios? Y es que ni me amaba ni me comprendía... Solíamos vernos algunas veces, en la parte trasera de este teatro, donde él tenía alquiladas unas habitaciones con el nombre de Percy But. Anoche, estando juntos en esa casa, me obligó a ocultarme precipitadamente. Habíamos oído pasos y no quería que le vieran conmigo. Resultó ser un caballero. Hablaron largamente. Yo lo oí todo. Cuando el visitante se marchó cometí la torpeza de echarle en cara su mala conducta. El se enfureció, no tanto por mis reproches como por el hecho de que yo me hubiera enterado de lo que hablaban. Quiso matarme. Le vi empuñar un revólver. Leí en sus ojos que estaba decidido a cumplir aquel

bárbaro propósito. Por instinto de conservación, y no por valentía, me arrojé sobre él y traté de desarmarle. Con estas luchas el revólver se disparó. Le oí lanzar un grito, le vi desplomarse en un sillón con la mano en el pecho. La abundancia con que brotaba la sangre y el lugar de la herida me hizo comprender que se había matado. Y digo "se había matado", porque el revólver estaba en su mano cuando se disparó. Jamás olvidaré las escenas que siguieron. Huí aterrada. Ya no sentía piedad hacia aquel hombre que había llevado su ferocidad hasta el punto de querer matarme. En aquellos momentos el horror de caer en manos de la policía predominaba en mí. Ya estaba bastante lejos de la casa cuando me di cuenta de que había perdido un pañuelo. Se me debió caer en los vaivenes de la lucha. Como el pañuelo no era mío, sino de mi compañera Suzy Owen, comprendí que la comprometería si lo encontraban cerca del cadáver de Percy But. Volví por él. Pero lo busqué inútilmente. Entonces, con el único objeto de despistar a la policía, escribí ese papel. Volví a huir y esto

es todo. La idea de volver a presidio me horroriza. Tengan piedad de mí.

Y prorrumpió en sollozos, ocultando el rostro entre las manos.

El detective preguntó:

—¿Quién era el visitante?

Instintivamente los ojos de Mágara se dirigieron al tocador de su amiga. Allí vió un retrato del banquero Taglioni. Y por primera vez en el transcurso de sus declaraciones, mintió:

—No le conozco.

—¿No oyó usted pronunciar el nombre de Al Capone?

Y Mágara volvió a mentir:

—No.

El detective se volvió y dijo a su ayudante:

—Vámonos. Todo esto es muy poco interesante.

Ya se dirigía a la puerta, pero se detuvo un momento para decir a Mágara:

—No tengo más remedio que detenerla a usted. Abajo la esperarán dos agentes. Pero no tema, que estoy seguro de que todo se arreglará satisfactoriamente para usted. Porque usted es una persona decente y Morend Billy era un mal bicho.



XV

Apenas los camiones cargados de pianos salieron del puerto, quedó estabada la batalla entre la gente de Al Capone y la de Morend Billy.

Aquéllos, que no iban desprovistos, hicieron funcionar las ametralladoras, y éstos replicaron pertrechados en automóviles, en portales, en las esquinas.

Fué una verdadera guerra en la que los de uno y otro bando lucieron sus armamentos y su destreza para manejarlos.

Se oían ayes de dolor y los cuerpos se desplomaban. Corría la sangre. El humo lo saturaba todo y el tableteo de las ametralladoras resonaba incesantemente.

Sólo amplitud faltaba al espectáculo para recordar los espantosos

encuentros de la guerra mundial, ya que en intensidad no tenía nada que envidiar a aquéllos.

Intervino la policía, pero desde lejos y pertrechándose en las sombras, ya que la lucha a cuerpo libre equivalía a una muerte segura.

Algunos disparos habían puesto en marcha el mecanismo de las pianolas y su música adquiría entonces un sentido profundamente trágico.

Uno de los que defendían las cajas logró escabullirse. Escudándose en las sombras de la noche y a ras de las fachadas de los edificios, pudo llegar hasta una puertecilla por la que se internó.

El que huía no era otro que Al Capone. La puertecilla era la casa que había sido de Percy But.

\* \* \*

Allí estaba Florencia esperando a los hombres de Morend Billy para reunirse con ellos después del hecho, como les había prometido, cuando entró Al Capone sujetándose un hombro con la mano.

Su dolor le impidió ver a Florencia y se desplomó en una butaca. Por eso se sobresaltó al oír la voz de la dama, que le dijo:

—Ahí tiene usted las consecuencias de haber matado a Morend Billy.

El la miró tristemente. El dolor era tan intenso y tan grande su fracaso, que por primera vez se dejaba dominar por el desaliento.

—Yo no maté a Morend Billy—dijo, como si hablara consigo mismo.

Ella le contempló con un gesto de extrañeza.

—Pues así lo declaró anoche.

—Mentí.

—¿Por qué?

—Porque quería imponerme a aquella gente.

Hubo una pausa. Florencia comenzaba a sentir compasión hacia aquel hombre cuya herida no cesaba de manar sangre.

—¿Es verdad lo que usted me dice?

—Le doy mi palabra. Y cuando un hombre de nuestra clase da su palabra, puede usted creerlo a ciegas.

Y añadió, después de tomar aliento:

—Nosotros no nos matamos unos

a otros friamente. Sólo en el calor del combate. En el fondo estamos unidos. Esta unión es muy necesaria para hacer frente a la policía.

Pensó Florencia que Al Capone estaba diciendo una gran verdad. Aquellos hombres jamás se delataban unos a otros. Podrían disputarse a tiros la posesión de un botín, pero si uno de ellos caía en poder de la justicia, ésta no podría arrancarle una palabra que fuera perjudicial para el enemigo.

Francamente inclinada al perdón, preguntó Florencia:

—¿Está usted herido?

Al Capone hizo un esfuerzo por sonreír.

—No tiene importancia.

—Espere. Le lavaré la herida.

Pero se detuvo al oír ruido de pasos en la calle.

Al Capone se puso en pie.

—Son ellos. Me persiguen.

—¿Quién?

—Sus hombres... Mejor dicho, los hombres de Morend Billy.

Florencia miró a un lado y a otro, como buscando un lugar donde ocultar a Al Capone.

—Si pudiera usted esconderse...

—Conozco una puertecilla secreta por donde huir.

—Entonces, huya, ¿qué espera?

—Espero darle a usted las gracias por este rasgo de generosidad.

—¿Qué importa eso ahora! Usted no ha matado a Morend Billy y yo he cumplido en usted mi venganza. Soy yo quien está en deuda con usted... ¡Huya, huya! Yo me encargo de entretenerlos para darle tiempo a escapar.

Por última vez, Al Capone dió las gracias a Florencia y desapareció por la secreta puertecilla.

\* \* \*

Entraron en tromba los hombres de Moreud Billy. El subjeje se dirigió a ella con el revólver en la mano.

—Aquí ha entrado. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿Quién ha de ser? Al Capone.

—¿Al Capone?

Y Florencia hablaba lentamente, para que pasara el tiempo.

—Ha huido—añadió.

—¿Que ha huido? ¿Y usted le ha dejado escapar?

Echaban lumbre los ojos del subjeje.

—La culpa — concluyó — la tenemos nosotros por fiarnos de mujeres.

Y se volvió a sus hombres.

—¡Vamos por él, muchachos!

Todos se abalanzaron a la puerta por la que Al Capone había huido. Florencia comprendió que estaba perdido si sus perseguidores se lanzaban en pos de él. Apenas habría tenido tiempo de recurrir veinte pasos y cada vez se vería obligado a ir más despacio a causa de la herida y de la continua pérdida de sangre.

Florencia los detuvo.

—¿Dónde vais? ¿No teméis a la policía?

Todos se volvieron con un gesto de inquietud.

—¿La policía?

—Sí.

Y cuando iba a justificar esta advertencia, varios agentes, a la cabeza de los cuales iba el detective,



irrumpieron en la estancia y dieron el grito de manos arriba.

Nadie opuso la menor resistencia. Los agentes los esposaron rápidamente a todos. El detective preguntó, encarándose con el subjefe:

—¿Dónde está Taglioni?

El interrogado se encogió de hombros.

—No conozco a ese caballero.

—¿De modo que no le conoces? Te diré su verdadero nombre, a ver si haces memoria. Se llama Al Capone.

Volvió a encogerse de hombros el subjefe.

—No sé nada de él.

El detective apretó los puños con rabia.

—¿Pretendéis hacerme creer que nadie de vosotros conoce a Al Capone? Decid: ¿le conoce alguien?

Pero todos callaron. Esto acabó de exasperar al detective, que exclamó:

—¡Todos a la cárcel! ¡Veremos si allí seguís siendo tan buenos compañeros!

Pero bien sabía él que con aquellos hombres no valían coacciones de ninguna clase.

Ahora pasarían una temporada encarcelados. Después volverían a la agitada y oscura vida de los bajos fondos de Chicago, esa gran población oprimida por la garra del delito y de la aventura.

FIN

# COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales

de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### LIBROS PUBLICADOS:

La viuda alegre.—El gran desfile.—Miguel Sengoff y el Correo del Zar.—La princesa que supo amar.—El coche número 12.—Sin familia.—Mare Nostrum.—Nada, el hombre que se vendió.—Cobra.—El fin de Muñerarla.—Vida bohemia.—Zafra.—Adios, juventud.—El padre errante.—La mujer fantasma.—Casanova.—Hotel imperial.—La día Romana.—Don Juan, el burlador de Sevilla.—Noche nupcial.—El séptimo cielo.—Beas Greco.—Los vencedores del fuego.—La mariposa de oro.—Hoy Har.—El demonio y la carne.—La castellana del Líbano.—La tierra de todos.—Típuli.—El rey de reyes.—La ciudad castigada.—Sergio y arena.—Agallas trancantes.—El sargento Melacera.—El capitán Somell.—El jardín del edén.—La princesa salvaje.—Ramona.—Dos amantes.—El príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la carne.—La mujer divina.—Alan.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia.—El papel de la calle.—La última cita.—El enemigo.—Amante.—Moulin Rouge.—La ballarina de la ópera.—Ben Ali.—Los cuatro diablos.—1812, guerra, del.—Volga, Volga.—La sinfonia patética.—Un cierto muchacho.—Nostalgia.—La ruta de Singapur.—La actriz.—Mister Wu.—Bismarck.—El despertar.—Las tres pasiones.—La meloía del amor.—Cristina, la Holandesa.—Viva Madrid, que es mi pueblo.—Sombras blancas.—La capta andaluz.—Los cuencos.—Icarus.—El cruce de Montecarlo.—La mujer ligera.—Virgenes modernas.—El pagano de Tahiti.—Estrellas diabólicas.—Esto es el cielo.—La sonda del 91.—Expositores.—Evangeline.—Orquídeas salvajes.—El caballero.—Ligüero.—La máscara del diablo.—El pan nuestro de cada día.—Vieja hidalgos.—Pompeii.—Temucón.—La pescadora.—El bien.—Ella se va a la guerra.—Los hijos de nadie.—El pescador de perlas.—Sana Isabel de Ceran.—Las dos mitades.—La nación de la escopa.—El precio de un hexa.—La repentin del recuerdo.—Deilhatessen.—Del mismo barro.—Estrellados.—Cuatro de latamete.—Olimpia.—Monseñor Saca-Gas.—Sombras de gloria.—Mamba.—Ladón de amor.—Mully (la gran parada).—El valiente.—De flores, marchen!—Prim.—El presidente.—Romance.—El gran charro.—Temperata.—El dios del mar.—Anne Christie.—Señal de mis amores.—Hochscorta nuevos.—Ben-Her (edición popular).—La incorregible.—El malo.—El pavo real.—Bajo los techos de París.—Wu-Hi-Chang.—Monserarlo.—Camino del indio.—¡Mio arda! — ¡Alaluy! — La mujer que amamos.—Al tiempo de 2/4.—La princesa se enamora.—Amoroso de amor.—El gran desfile (edición popular).—Du Barry, mujer de posión.—La viuda alegre (edición popular).—Ángels del infierno.—Corpo y alma.—El impositur.—Esposa a medias.—Esclavas de la moda.—Petit Café.—Hay que casar al príncipe.—Inspiración.—El proceso de Mary Dugan.—En cada puesto un amor.—Marruecos.—¿Conoces a tu mujer? — El milón.—La mujer X.—Conte alegre.—Mar de fondo.—La llama sagrada.—La ley del toro.—La truca amarga.—Vidas truncadas.—La hera del mar.—Tabú.—El pasado nunca.—Pasa, piernas largas.—Traner Hoen.—Un rubí en la serie del rey Arturo.—El código penal.—La pura verdad.—Maternidad o el desamor a la vida (fuera de serie).—Carbón (La tragedia de la mina).—Hereditaria.—Las peripetias de Skippy.—¡Qué virtud! — El camino de la vida.—Noches de Viena.—Mamá.—Hran tres.—Christi.—Hágame otra vez.—Camareros de lujo.—Los hijos de la calle.—La divorciada.—Madame Satán.—¿Cuándo te casarás?—Mariquita.—El xarret amarillo.—Honrada a tu madre.—Su última noche.—Las alegres chicas de Viena.—Viva la libertad.—Malvada.—El temón del amor.—Deliciosa.—Cielo robado.—Amarga idilia.—Honor entre amantes.—Para alcanzar la luna.—El hombre que asesinó.—Bendito.—La calle.—El prófugo.—Militia de paz.—Amores de medianoche.—Miguel Sengoff y el Correo del Zar (edición popular).—La hermana de San Salpicio.—El semoio y la carne (edición popular).—La cima misteriosa.—Los clavados de la Virgen.—Pareja de baile.—Alma libre.

Que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número

¡Acontecimiento!

La ya solicitadísima novela, de  
magnífico asunto, que cautivará al  
lector desde las primeras escenas

## MI ULTIMO AMOR

Creación insuperable del  
idolo de los públicos

**José Mojica**

secundado por ANA MARIA  
CUSTODIO, ELVIRA MORLA,  
CARMEN RODRIGUEZ, MIMI  
AGUGLIA, ANDRES P. de  
SEGUROLA, etc.

BELLISIMAS CANCIONES  
INSPIRADA MUSICA

PRECIO POPULAR: 1 peseta

¡Haga sus encargos  
desde ahora mismo!



# Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

## La Novela Semanal Cinematográfica

52 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores.

Postal-regalo.

Precio: 25 cts.

## La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 ilustraciones interiores.

Postal-regalo.

Precio: 30 cts.

## EL SOBRE SEMANAL

Conteniendo una novella de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

## AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

## Colección ídolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Argumento de sus mejores creaciones.

Precio 15 cts.

## Y LAS SELECTAS EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.  
200 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA



Obs. Francisco Roca

4/01

Exclusiva de distribución en  
España

**SOCIEDAD GENERAL ES-  
PAÑOLA DE LIBRERIA,  
DIARIOS, REVISTAS Y  
PUBLICACIONES, S. A.**

Barbora, 16 - BARCELONA

Evaristo San Miguel, 11 - MADRID

